

## Prólogo: “Sin historia no hay realidad”

Este libro de Diego Pérez Pezoa constituye una revisión de los últimos problemas de la historiografía y de la *Historia*. Si bien se ha hecho costumbre que cualquiera diga algo acerca de la historiografía —con la seguridad que tiene contribuir a un final ya sancionado— decir algo sobre la Historia constituye toda una osadía. Primero, porque para seguir hablando de Historia, es necesario realizar todo el recorrido del pensamiento moderno (desde mediados del siglo XVIII a acá) para dar razón de una idea que ya no goza de la misma verosimilitud de antes, pero también porque —luego de haber repuesto la categoría al menos como marco para pensar problemas universales— se ha de hacer frente a la sospecha, o prejuicio, del: «¿y qué se puede decir desde aquí?». La respuesta a tal prejuicio no puede sino corregir también el resto eurocentrista que nunca dejará de tener la palabra Historia, pues ya no hablamos de una Historia Universal, sino de una *historia global*, lo que para efectos de este libro significa que esos fenómenos ya no tienen un centro privilegiado en que se manifiestan u originan, sino que se irradian de modos difíciles de determinar, y desde puntos *extraños*. El neoliberalismo chileno podría ser un caso perfecto: «Chile es absolutamente el fin de la Historia Universal», podría uno decir con amarga ironía.

Ese problema que Diego Pérez Pezoa piensa, con Catherine Malabou —cuya deuda asume desde el título de este libro—, es el de una temporalidad que ya no puede hacer de los individuos sujetos históricos y el de un mundo en que los tradicionales motores de la historia se han desactivado o relativizado por completo, por lo que ya no cabría hablar de historia, aunque, a falta de nuevas palabras por ahora, sí quepa esperar algún tipo de *acontecer*. Quizá lo que mejor dé cuenta de esta postura, que creo irá ganando cada vez más terreno (solo por un recambio generacional, jamás por el abandono de las viejas certezas de los historiadores), es la siguiente afirmación de Malabou en una paráfrasis de Marx: “Los hombres hacen su propio cerebro, pero no sabe que lo hacen”. La complejidad ya en este terreno es vasta, pues no se trata de un mero recambio, de hacer de la materialidad del cerebro una nueva infraestructura, sino más bien de un nuevo elemento no considerado hasta aquí, pero que ya resulta ineludible si tomamos en cuenta, por ejemplo, la cantidad de estímulos que las nuevas tecnologías, de las que

ya somos inseparables, imprimen sobre nosotros/as, modificándonos de una manera aún insospechada y sin demasiado control. El pensamiento contemporáneo inicia sus debates apenas intuye su entorno, por eso no es raro que hace un tiempo los problemas de orden teórico vengán planteándose en torno a la «representación», al modo en que organizamos lo que llamamos realidad y, en medio de ella, nuestras existencias: la ideología se halla ahora objetivada en artefactos de uso diario, no hay frente a ello una «toma de conciencia» a partir de la que fundar la acción (quizá jamás fue así), sino que la «respuesta» sigue un recorrido bastante menos lineal y obvio.

De aquí entonces no resultará difícil comprender por qué la teoría de la historia ha sido una línea de investigación que ha abandonado su marginalidad para, incluso, adquirir autonomía respecto de su inicial objeto de reflexión, si la historiografía pretendía ser el discurso de la realidad misma, la reflexión acerca de las mutaciones de ese «mito» no puede sino implicar una revisión de su canon.

Diego Pérez Pezoa llama *historioplastía* a ese nuevo territorio que aparece por sobre las viejas verdades de la epistemología de la historia, a ese carácter constructivo y maleable de nuestro saber sobre el pasado que emerge desde los trabajos de autores tales como White, Danto, De Certeau, Hartog y Dosse, y que articulan la reflexión sobre la historia en la forma de un duelo, que —en tanto duelo— no es precisamente un final, sino una extensión, por otros medios, de la presencia del objeto amado. Hacer teoría de la historia hoy no es simplemente escupir sobre una tumba, es pensar un campo en una cierta orfandad con tan solo un sentido orientador, que además es apenas una pregunta, la interrogante acerca de cómo podremos desbaratar los artefactos que generan dolor.

Es comprensible la resistencia de un gremio a los postulados de los autores arriba señalados, pues, como se verá en este libro, apuntaban directamente al ego de la historiografía, pero es inaceptable desconocer o desoír, sobre todo por parte de los «historiadores críticos», la tesis sobre «el contenido de la forma», es decir, que el modo narrativo en el que se ha constituido la historiografía (común también a la novela y la crónica periodística) “no es meramente una forma discursiva neutra que pueda o no utilizarse para representar los acontecimientos reales en su calidad de procesos de desarrollo; es más bien una forma discursiva que supone

determinadas opciones ontológicas y epistemológicas con implicancias ideológicas e incluso explícitamente políticas” (White, 1992: 11). En efecto, una «historia popular» puede ser perfectamente conservadora a partir de sus dispositivos de representación: el tiempo es algo más que el tiempo si en dicha idea encuentran pleno acuerdo *amo y esclavo*.

Hasta hace no mucho tiempo era imposible postular el pasado como una mera construcción. Los viejos historiadores siguen hoy sin aceptarlo (tal como no aceptan, bajo ningún punto, lo que pueda haber en común entre historia y literatura), mientras los nuevos lo incorporan como un axioma. Pero la idea de que el pasado pueda ser una construcción arbitraria suena todavía extraña para los hombres y mujeres de la calle (y esto es, finalmente, lo importante): ¿cómo es eso de que el pasado se *construye*? ¿No son los historiadores los especialistas en su *reconstrucción* para darnos una versión verás de lo que pasó? ¿No hay entonces mayor diferencia entre historia, memoria y literatura?

Afirmar que la historia «construye», o incluso que «ficciona» (*fictio*), no equivale a afirmar que inventa deliberadamente o construye un saber carente de regulaciones internas (el propio White jamás aceptó una caricatura tal). Si afirmamos que la historia construye, y no meramente reconstruye, no es por una adhesión inmediata a las «tesis ficcionalistas», sino tan solo por guardar fidelidad con los procedimientos que efectúa el historiador de oficio. Pues ¿con qué materiales trabaja? Ante todo, con fragmentos presentes de un pasado. Son fragmentos siempre heterogéneos (papeles, expedientes, objetos, fotografías, etc.) con los que se debe tratar de conformar un cuadro inteligible del pasado. Para ello tiene estos fragmentos, pero también su *imaginación*, lo que aquí no oscurece nada, sino que es la misma condición de posibilidad del conocimiento (del mismo modo que la «formulación» de una hipótesis posibilita el conocimiento en ciencias). White recurre a la metáfora del arqueólogo que encuentra unos pocos fragmentos dispersos de lo que pudo ser una vasija: son unos pocos, los dispone en el suelo y, siguiendo la curvatura de cada uno, los distribuye para trazar un dibujo, una posible forma *sida*. Ya en el laboratorio puede construir un modelo tridimensional, puede proyectar con mayor precisión las curvas y «rellenar» con acrílico todo lo que falta entre fragmento y fragmento. Si el arqueólogo ha puesto más del ochenta por ciento del material de la

vasija, ¿la ha reconstruido o la ha construido? Y esta construcción ¿ha sido arbitraria? ¿No se aproxima más bien a la construcción de una hipótesis que sigue la dirección de los datos disponibles? El historiador no hace algo demasiado distinto, siempre aporta mucho más de «lo que encuentra».<sup>1</sup>

¿Qué construye el historiador? Un relato. Aristotélicamente: “pone en intriga acciones representadas”. Los fragmentos de que dispone son las huellas de acciones e instituciones pasadas. Se trata siempre de acciones, de los trayectos de unos sujetos. Incluso cuando se trata de un fenómeno telúrico o de procesos en apariencia autónomos, lo que nos interesa es lo que han hecho hombres y mujeres con esas catástrofes y esos determinantes «externos». Con Ginzburg diríamos que el historiador construye *inicialmente*, interpreta huellas. Huellas que nos reenían a otras huellas. Pero allí donde falta una huella el historiador debe imaginar —ficcional si se quiere—, pero no arbitrariamente, sino dentro del espacio delimitado por lo que nos indican unas huellas verificables, las que, ciertamente, asumen sus significados tan solo dentro de una tradición. El historiador debe poner «lo que falta» para hacer inteligible una realidad que de otro modo (de ceñirnos «nada más que a los datos disponibles») no nos diría nada. Sin embargo, «lo que falta» tampoco es algo que meramente se descubre (algo «del pasado»), sino que constituye no pocas veces un espacio de proyección. Habrá que insistir que para el historiador la imaginación no es un lastre, sino la condición misma de su conocimiento, y esto pese a la representación que se haga de su propio trabajo.

Pero ¿por qué el historiador debe construir una narración? No solo la institución lo obliga, sino todo un concepto de realidad que permite la circulación de su saber. Pero más allá de la coerción de los consensos y elecciones culturales, podría uno remitir a la hermenéutica contemporánea. Por ejemplo, sostiene Paul Ricœur que el mundo de la experiencia humana (para el caso lo «real-pasado») guarda una estructura

---

<sup>1</sup> Hayden White expuso sus argumentos en estos términos, en el contexto del seminario que ofreció el año 2000 en la Federación Universitaria de Buenos Aires, en el *I Congreso Internacional de Filosofía de la Historia: La Comprensión del Pasado*. Al respecto ver White, Hayden, “Construcción histórica”, en (Cruz y Brauer, 2005: 43-58).

*pre-narrativa*, es decir, es una historia *no contada todavía*, sobre la cual la narración re-significa lo que ya ha sido pre-significado en el plano del obrar humano. El narrar sería un proceso secundario: el del «ser-conocido de la historia» (*Tiempo y narración I*). Pero, incluso asumido esto, no es nada evidente que implique la idea de que el pasado es un cúmulo de hechos positivos desplegados «en el tiempo» que el historiador debe descubrir y registrar, es decir la actitud tranquila y contemplativa que guarda el historicismo ante su objeto. Dicho benjaminianamente: frente a ello el historiador materialista debe hacer “consciente la constelación crítica en la que dicho fragmento del pasado se encuentra precisamente con el presente”, “toda representación dialéctica de la historia tiene como precio la renuncia a esa contemplación tan característica del historicismo”. El materialismo debe superar la mera exposición histórica y la mera apreciación: “lograr esto es algo reservado a una ciencia histórica cuyo objeto no esté formado por un ovillo de facticidades puras, sino por el grupo contado de hilos que representan la trama de un pasado en el tejido del presente” (1989: 91 y 104).

Narrar se puede de muchas formas —e incluso en distintos soportes—, la narración no se limita a copiar la realidad, sino que ella misma, en sus experimentaciones, ilumina zonas no vistas. Es precisamente en esas zonas y su indagación que reside la posibilidad de un saber de los acontecimientos que no será ya «la historia», sino el saber que Diego Pérez Pezoa vislumbra en este libro.

Pablo Aravena Núñez  
Director del Instituto de Historia y Ciencias Sociales  
Universidad de Valparaíso.